

rizada. «¿Has visto al general?» preguntó muy quedo á su mujer Ricardo que tenía la segura vista del cazador. ¡El general, con sus bigotes de nieve, su color de cera y aquellas manos inertes! Lidia no podía creerlo. Pero¿ cómo dudar cuando divisó veinte pasos más lejos el coche de la duquesa que seguía la misma alameda dando el brazo á su hijo, el príncipe de Olmutz, lindo rubito imberbe de catorce á diez y siete años? También ella había cambiado mucho, por lo menos de tono y maneras desde la velada en la Ópera. Presentó á sus queridos vecinos el príncipe su hijo, que llamaban Carlejo, por contracción de los nombres de su abuelo y su padre, Carlos, Alejo; y como el preceptor, que iba en el coche, llamara al joven, la madre aprovechó ese instante para hablar más libremente. El pobre muchacho no se distraía en Granburgo, ahora que la enfermedad del general obligaba á toda la familia á pasar allí el verano. Por una triste coincidencia, su propio padre había caído enfermo en Viena y necesitaba marchar á verle. Así es que rogaba á todos sus amigos y vecinos que fueran con frecuencia á Granburgo para animar un poco la existencia del enfermo y distraer á Carlejo, muy triste entre su mesa de estudio y el sillón del tullido. Sería por cierto obra de caridad que Ri-

cardo y su encantadora esposa lo llevaran consigo en sus correrías á caballo y bote, pues aquel ser querido adoraba esos placeres, que ni su preceptor ni ¡ ay! su padre podían proporcionarle.

— ¿Lo llevarán ustedes alguna vez, no es verdad?

El príncipe volvía hacia ellos por el musgo verde del camino, elegante y flexible, levantando su cabecita rizada, de color rubio leonado, como las que tiñen con henné oriental, y la sonrisa de los tres decía:

— ¡ Qué gracioso es!

Desde lejos dijo á la duquesa:

— Buenas noticias, mamá... Al ver pasar á la Sra. cerca del coche, el general ha pronunciado claramente su nombre. Son las primeras palabras con sentido que articula. Mi maestro me llamaba para decírmelo.

Lidia Fénigan se sintió invadida por rubor que la puso resplandeciente de juventud y de vida; y la duquesa decía apretándole las manos:

— Ya ve V.; su presencia hace milagros. Cuento con ustedes.

Á partir de ese momento, Carlejo fué el lazo entre Granburgo y Uzelles. Singular muchacho, que lo mismo sabía interesarse en las historias de la Sra. Fénigan sobre los estragos de los lirones

y los robos de los jardineros que en las coquete-
rías de Lidia, á quien daba consejos acerca de sus
vestidos, sombreros y ropa blanca. Al mismo
tiempo, un frenético, un endemoniado, que ado-
raba y buscaba el peligro, llenando de inquietud
á Ricardo con sus imprudencias, en que se notaba
la misma resolución tranquila, su misma mirada
de piedra dura brillante é impenetrable. ¿ Bueno ó
malo? No se sabía. « No me lo explico, » decía su
preceptor. Bien es verdad que Juan Metzger, ex-
catedrático en la universidad de Lausanne, que
dejó por causa de una enfermedad de laringe, era
un mediano conocedor de la humanidad, pues
había ojeado menos personas que libros. Resta-
blecía su salud en aquel preceptorado de campo,
cortado por largos paseos en coche y ahora por
sesiones musicales en que acompañaba á Lidia
pues el maestro era un violoncelo de primera
fuerza.

¡ Cuidado si oyeron conciertos y sonatas Gran-
burgo y Uzelles! La caja del violoncelo pasaba el
agua en la barca de Chuchín casi tan á menudo
como el joven príncipe. De noche, durante las
interminables partidas de ajedrez entre Ricardo
y su madre, el notario de Draveil, sucesor del
Sr. Fénigan, Napoleón Merivet, propietario de la
iglesia que estaba en la orilla del camino, y en

ocasiones el cura y un juez de Corbeil, formaban
el auditorio acostumbrado de Lidia y del preceptor.
La velada terminaba con una taza de tila, bebida
que prefería la Reina madre para dar calor á las
visitas antes de su despedida en la noche oscura.
Hubiérase creído uno á cien leguas de París, en
las provincias de costumbres modestas y regulares.

¡ Qué diferencia para Lidia respecto de las
sesiones musicales en Granburgo! Era por la tarde,
en una de las inmensas y elevadas salas de recibo
del piso bajo, tendidas de lampas de rayos dorados
y verdes, revestimientos de madera que databan
de Luis XIII como el palacio, con puertas-ventanas
que daban á una ancha escalinata, frente á un
magnífico jardín á la francesa, majestuoso, lumi-
noso, donde palpitaba y vibraba bajo el sol la pie-
dra blanca de las estatuas, de los vasos, de las
balaustradas, un jardín que terminaba en inaca-
bables enrejados sostenidos por árboles cortados
en forma de candelabros. Desde la enfermedad de
su marido y la muerte de su padre que siguió á
poco, la duquesa no vivía casi en Granburgo, pues
pasaba el tiempo en Viena y Budapest, ocupada
por cuestiones de la herencia del barón Silva; así es
que todo el palacio respiraba tristeza y abandono.

Apenas resonaban los primeros acordes del
piano y del violoncelo, vigorosos en el desierto

de las salas, se oía el rodar de una silla de manos por las alfombras. El general, que había recobrado la memoria, la palabra y toda su vida pensante, pero que parecía condenado á perpetua inmovilidad, se hacía acercar al piano y estaba allí horas enteras oyendo á Bach, Beethoven y Schumann. Frecuentemente, en medio de una tocata, Lidia veía por el rabo del ojo al enfermo, cuyos nervios se calmaban por la acción de la música, echada hacia atrás la cabeza en su sillón, tratando de contener las gruesas lágrimas que desbordaban de sus enflaquecidos párpados, y cada vez, el espectáculo de aquella desesperación muda, de aquella grandiosa miseria que se lloraba á sí misma silenciosamente en aquel escenario pomposo y melancólico, henchía de tierna angustia el corazón de la joven.

Jamás hubo una palabra ni siquiera una alusión entre ellos sobre lo ocurrido en la Ópera. Á veces, cuando ambos estaban delante del piano, el general le cogía la mano y la conservaba un minuto entre las suyas temblorosas; esta caricia sin vigor, tan distinta del apretón brutal con que la persiguiera toda una velada, la llenaba de suave desolación. Así estuvo, engañada mucho tiempo, abandonándose sin desconfianza á un sentimiento del todo platónico; y cuando acompañaba á su

marido en las visitas á Granburgo, pudo creer que iba por el herido. Éste fué el primero en ver claro y un día la advirtió iracundo.

— ¿No está celoso su marido? le dijo.

Lidia sonrió con coquetería y repuso.

— ¿Celoso? ¿De quién?

— Del niño, vive Dios. ¿No le ve V. dándole vueltas alrededor, acechando sus pasos en la arena de las avenidas y el rozar de su traje en las vueltas de las alamedas?

El general hablaba con violencia, tartamudeando sus frases, pues en aquel arrebató de celos le volvió un poco de afasia. Lidia trató de tomarlo á risa. ¡Si era un niño! ¿Acaso se piensa en mujeres á los diez y siete años? De seguro que ella debía parecerle una hermana ó prima de su madre. Pero el duque persistía, movía la cabeza con las manos crispadas, sobre sus rodillas sin movimiento.

— Ándese V. con cuidado; el chico ha quemado ya más de un cartucho en esas batallas.... En su cuarto tiene un cajón lleno de cartas de mujeres. Diga V. á su marido que se las haga enseñar... ¡Ah, el monstruo ha empezado joven y entiende de robar corazones... Por lo demás, como dice su profesor, tiene la *cavata*.

Tener la *cavata* en el lenguaje de los violonce-

listas, se dice del arco seductor que comunica el escalofrío de las notas profundas, agitando igualmente las cuerdas y las fibras. En español se dice vulgarmente *tener gancho*. Sobrábale razón al general; Lidia experimentaba inconscientemente la misteriosa seducción. Una vez advertida, trató de defenderse; ¿pero cómo, tratándose de aquel niño cariñoso y zalamero siempre presente? Iban á pescar juntos, pescar con redes, en que sus brazos desnudos se confundían en las mojadas mallas. Pasaban horas en acecho, marchando á tientas uno junto á otro en el bosque. Hablaban bajo, mientras una menuda lluvia de otoño acribillaba las hojas. El niño tenía frío y ella le daba la mitad de su gran abrigo. Para acabar de tranquilizarla, Ricardo no estaba nunca lejos y decía hablando de Carlejo « es nuestro hijo... » sin notar que cada vez esa frase avivaba el pesar secreto de su mujer, la carencia de maternidad. El pobre mozo tenía el secreto de estas torpezas y era el primero en ponderar la gracia heroica del príncipe; otra de sus frases era: « todo lo hace bien. » Sin embargo, en el fondo de la naturaleza de Lidia había cierta franqueza y orgullo que la preservaban de la vulgar traición. Fué preciso una sorpresa, ese imprevisto contra el cual se defiende mal la mujer, por no tener tiempo para vacilar ni razonar.

Un domingo por la noche, á fines de Septiembre, los fieles de las sesiones musicales se asombraban de ver al maestro Juan, que llegaba sin su violoncelo ni su discípulo, más afono que de costumbre y tan conmovido.... Carlejo se marchaba, pues debía entrar al día siguiente en Stanislas para preparar los exámenes de Saint-Cyr. El general había tomado de pronto esta resolución, y el joven, después de un corto y violento diálogo con su padre, venía á decir adiós á sus amigos Fénigan, cuando de pronto, á diez pasos de su casa, se separó de su preceptor pues según decía su corazón desbordaba de pena, encargando á su preceptor de expresar á todos su tristeza y su buena amistad. Hubo en el salón al oír esto un concierto de pésames y de palabras tiernas, pues todos adoraban al principito. La Sra. Fénigan se irritaba de que el general hubiera tomado una resolución semejante en ausencia de la duquesa.

— Esa buena señora siempre está ausente, gritaba Ricardo furioso dando un empujón al tablero de ajedrez.

— ¿Y el maestro Juan, preguntó Merivet que con esto olvidaba de echar azúcar en su taza de tila, se va también?

El preceptor contestó con su voz extinguida

que le ofrecían permanecer en Granburgo como... como....

— ¿Maestro de capilla? le apuntó Merivet.

— Precisamente, repuso el pobre hombre avergonzado de su asalariada miseriay acepto con la esperanza de ver á mi querido discípulo los domingos que salgá, una vez al mes.

Todos volvieron á exclamar en coro :

— ¿Nada más que una vez al mes? ¡Qué crueldad!

Lidia oía sin pronunciar una palabra, no obstante ser la más afligida por esa marcha, pues pensaba con razón tener alguna culpa, y si bien los celos apasionados del general inflamaban su orgullo, la opresión que la separación produjo en su pecho le deba motivo para sorprenderse. ¿Sería verdad que amaba al niño? Pero y entonces ¿sus coqueterías con el padre?... Mientras trataba de poner en claro tan complejos sentimientos, la velada transcurrió melancólica. Á las diez, cuando todo el mundo se preparaba á marcharse, Ricardo le preguntó mientras encendía una linterna :

— ¡Vienes á acompañar al maestro, Lidia?

Hacia viento y la noche estaba muy oscura. Una persiana mal sujeta daba golpes contra la pared. ¿Por qué Lidia, que en toda ocasión aná-

loga aceptaba con gusto la idea de pasar el Sena en medio de las borrascas de otoño, resistió á la proposición de su marido? ¿Fué instinto, presentimiento ó el simple deseo de tener una hora de soledad para pensar en aquel pesar imprevisto? Bajó la escalinata de entrada con sus amigos, los acompañó hasta la verja que daba al camino, y después tomó por la opaca sombra del pasadizo en cuya extremidad brillaba con mancha amarilla la luz de una lámpara, puesta en el piso bajo del pabellón. Lidia andaba lentamente como soñando, y el viento que le arrollaba en torno del cuerpo su ligero traje, mezclaba en sus vueltas torbellinos de hojas secas, cuyo ruido le hacía pensar en una persecución debajo de los árboles, de un paso detrás del suyo. Dos ó tres veces se volvió, oyendo su nombre :

— Lidia... Lidia...

Sin miedo ninguno, tendiendo hacia delante las manos, fuése derecha al banco de donde salía una voz muy conocida.

— Carlos... usted....

Allí estaba desde hacía dos horas, esperándola, queriendo decirle adiós á ella sola. ¡Cómo temblaba el pobre niño! El llanto ahogaba sus quejas, sofocándole los sollozos, verdaderos sollozos de niño que Lidia trataba de contener cerrándole la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

boca con su mano ó con la pequeña mantilla que se había puesto en la cabeza. Por fin, temiendo que desde el pabellón oyeran, se lo llevó hacia las alamedas sombrías del parque; mas los perros ya sueltos empezaron su terrible concierto.

— Vamos á la *isba*, dijo el principito en voz baja.

La *isba* era la antigua casucha para guardar utensilios de jardinería, que Ricardo arregló como sala de armas, haciendo pulimentar y pintar las vigas del techo y los revestimientos de madera de las paredes, lo cual daba al local, con sus esterillas y sus asientos orientales el aspecto ruso. ¡ Ah, si Lidia hubiera podido ver la sonrisa de Carlos cuando entraron en la *isba*, hacia la cual la arrastraba traidoramente hacia cinco minutos! Pero no pensando más que en consolarle, en calmarlo ¿ cómo podía tener idea de tan profunda maldad? Rechinó la puerta; las hojas secas, impulsadas por el viento, entraron con ellos en la sombra, llegando hasta el ancho diván del fondo, debajo de un trofeo de espadas de relucientes empuñaduras. Los perros, que ya no oían ruido de pasos, se callaron.

Mientras Carlejo estuvo en el colegio de Stanislas, las citas se dieron en la *isba*, citas peli-

grossas y raras, una vez al mes, en la noche del sábado que el joven salía. Cuando todo el mundo dormía en Granburgo, el príncipe pasaba el río, saltaba la pared de la quinta de Uzelles, y se deslizaba hasta la sala de armas, de donde no salía sino al amanecer, volviéndose entonces por el mismo camino. Cada vez arriesgaba su vida; pero Lidia, que debía abandonar el lecho y el cuarto nupcial para ir al encuentro de su amante corría aún más peligro. Cuando regresaba siempre jadeante con su bata cubierta de hielo ó de rocío, todas las mañanas esperaba encontrarse con su marido en la puerta del Pabellón con la atroz pregunta en los labios: ¿ de dónde vienes? Este peligro no le desagradaba, porque compensaba para ella la bajeza del adulterio, cuyo aspecto hipócrita la sublevaba.

Una noche de cita en la *isba*, quiso que Carlejo, convidado á comer en la quinta al día siguiente, acabara la noche en el diván; y por la mañana, antes de salir para misa, le llevó una camisa de su marido á fin de que no se presentara con la de la víspera. Era un milagro que no los hubieran sorprendido cien veces, tanto más cuanto que los criados, exceptuando á Rosa, la hija de Chuchín, aborrecían á aquella mendiga convertida en esposa del amo. ¡ Cuánto hubieran dado por sor-

prenderla en delito de adulterio.... No, nadie había visto nada, nadie se figuraba nada. Quizás los perros de guardia, pero su testimonio era ininteligible. Únicamente el general había adivinado todo desde su sillón de paralítico. Cuando ahora iba Lidia á Granburgo los días de concierto, esperábala una sonrisa burlona y á la vez dolorosa, tranquila, que la envolvía y que la molestaba, sobre todo en presencia del maestro Juan, á quien podía inspirar sospechas. Durante los pocos instantes en que ni el preceptor ni Ricardo estaban presentes, el enfermo, con la caricia de sus grandes manos temblorosas, la reprendía en voz queda y con ternura :

— Sin embargo, se lo dije á V... no la quiere... no la querrá nunca. Pero... ahí está todo... tiene la *cavata*... la *cavata*....

Lidia hacía la que no comprende, abría los ojos fingiendo inocencia; pero él seguía afirmando sin vacilar. En cuanto á su propia pasión, sólo hablaba de ella en tono de lástima, como de una cosa lejana y perdida.

Una vez le dijo :

— De cuánto he tenido que sacrificar, de tantas ambiciones desvanecidas, lo que lloro... es V. Y cuando pienso que es V. de mi hijo.... ¡ Oh !

Otra vez exclamó :

— Cuando viene de casa de V., aunque me lo oculta, lo adivino en su andar y en el perfume que trae, que es su olor... ¡ Qué angustia, qué tortura !... Entonces lamento que mi enfermedad no me haga padecer más, pues al menos me ocuparía el dolor y no pensaría en esta cosa atroz, no tendría estos celos que me enloquecen.

En los primeros días de la primavera, la duquesa se presentó á buscar á su marido para llevarlo á baños del Tirol, que le habían recomendado como infalibles. El enfermo debía hacer dos curas, y dando á sus celos el pretexto de los exámenes y del trabajo, resolvió que Carlejo pasaría todo ese tiempo en el colegio sin salir, no obstante el ofrecimiento de Ricardo de alojarlo en su quinta durante las vacaciones. El príncipe se sometió sin murmurar. Como desde hacía mucho tiempo estaba proyectando un viaje en yacht alrededor del mundo, recurrió al antiguo mozo de comedor de su madre para reunir los fondos necesarios en esta aventura. Y resuelto á no navegar solo, bastáronle para decidir á Lidia unas cuantas cartas alambicadas y algunas pulsaciones de tal ó cual cuerda de aquel instrumento femenino que tan bien conocía. Para halagar los instintos ambulantes y bohemios de la huérfana, le hablaba de las peripecias de una larga travesía,

abriéndole cielos y horizontes desconocidos; para lisonjear su vanidad de hospiciana servíase de la novela que ella se había forjado acerca de su misterioso origen: «¿No se subleva tu sangre aristocrática en ese medio de vulgar burguesía, de avaricia ordinaria?» No obstante, Lidia desconfiaba de él, de su juventud, y pensaba en la desesperación de la madre, en la sonrisa triste y débil del general; pero al fin un detalle ínfimo la hizo resolverse.

—¿Quién te ha entregado esto? preguntó á Rosa el día en que la doncella le presentó la primera carta del príncipe. La criada se ruborizó: «Es Alejandro... para la señora... para la señora sola...» Desde ese momento se sintió á merced de sus servidores. El antiguo lacayo tomaba cada vez que la veía aires discretos y misteriosos; vióse en consecuencia obligada á hacer que ignoraba sus relaciones con Rosa, puesto que ambos conocían su secreto. Cualquiera día iba á estallar el escándalo, por indiscreción ó por maldad; tanto valía no esperararlo. Así es que escribió á su amante: «Cuando quieras.» Contestación: «Mañana á las cinco de la mañana en la verja que da al bosque.»

El último día fué en la quinta análogo á todos los demás. Por la noche ajedrez y música, vuelta

á las diez en punto al Pabellón, donde Lidia escribió en su tocador algunas líneas á su suegra, mientras Ricardo se acostaba, para hacer constar que se iba sin dinero, sin caja ni maleta alguna, con sólo la ropa que tenía encima. «V. me tomó sin nada, lo mismo me marché... Estaba presa y me evado...» Y entregó á Rosa el peinador que se quitó, enteramente nuevo, de seda azul y encajes.

—¿Me lo da la señora? preguntó la sirvienta con asombro.

—Sí, guárdalo.

Después se acostó muy tranquila, durmió hasta el alba, momento en que salió su marido para ir de pesca, y á las cinco en punto llegaba á la verja del fondo del parque que encontró abierta delante, no del coche esperado, sino de una carreta de hortelano donde los jardineros cargaban cestos de legumbres y fruta. ¡Ah, los lirones!...

La aparición de Lidia fué un golpe teatral. La carreta desapareció en el bosque y los jardineros en el parque; sólo quedó un cesto, olvidado en la hierba, junto á la reja. ¡Qué ganas de reír si el instante hubiera sido menos dramático para la fugitiva! Pero ella se daba prisa en llegar á una victoria, cuyas ruedas y librea distinguió medio oculta detrás de un grupo de árboles, cuando un

anciano vagabundo surgió del foso y se le puso delante. En aquel ente andrajoso y sucio, de barba cubierta de musgo reconoció al tío Jorge, al espanto de sus primeros años, y pensó en entregarle la carta para su suegra: « Lleva eso á casa. »

Con la carta en la mano, él no se movía, inclinada la cabeza y cerrando el paso á aquella hermosa criatura que miraba con sus ojos vacilantes, rosada de color en los tonos rosados de la aurora. Ella creyó que esperaba el precio de su encargo: « No tengo dinero, le dijo, allá te pagarán. » Pero él no parecía comprender, y permanecía inmóvil delante de ella, murmurando sus labios palabras que no podían salir. Y únicamente cuando la joven lo separó con un gesto brusco para pasar y desapareció en la vuelta de un matorral, fué cuando el viejo echó á andar en sentido inverso lanzando un ronquido sordo, una queja inarticulada que le salió del fondo de la garganta.

IV

Frente al Pabellón, en el ángulo del camino de Corbeil y de una callejuela campestre que baja hacia el Sena por entre las vides, hállase apoyada contra la pared de un antiguo parque una fuente muy conocida por los caminantes, con su taza de hojalata mantenida por una cadena. El primer sonido que distinguió Ricardo cuando salió de su letargo cuya duración no podía apreciar, fué el choque de esa taza, que el transeunte deja caer después que bebe en ella. Sonrió ante ese ruido que conocía desde la infancia, abrió los ojos y desde su cama, en la media luz del cuarto con las cortinillas cerradas, distinguió reflejada en lo blanco del techo, como sobre la pantalla de una linterna mágica, la sombra microscópica de un caminante que examinaba su morral después de un descanso en la fuente de la esquina.